

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

BIBLIOTECA PUBLICA FERNANDEZ
ARCHIVO HISTORICO
ORIHUELA

UN ESCAPULARIO

I

En una de las noches de Diciembre de 1830 un horroroso incendio iluminaba la populosa ciudad de Londres; colosales llamas devoraban una de las manzanas de la grandiosa calle Regent Street; columnas de denso humo se elevaban imponentes, brillando entre ellas centelleantes chispas que se perdían por el espacio; las bombas de vapor de la ciudad iban llegando precipitadamente para combatir el voraz elemento el que alimentado por un fuerte viento Norte, en pocos momentos había tomado grandiosas proporciones.

Un joven español, que pasaba cerca del siniestro atrio tal vez por la curiosidad, se paró frente una de las casas en combustión oyendo unos gritos infantiles lastimosos y casi exhalados por la desesperación, que decía: «¡Mamá! ¡Mamá mía!» El joven estaba viendo que salían de una habitación del cuarto entresuelo, dijo a un agente de policía que tenía al lado:

—¿No oye usted los lamentos de esa infeliz criatura?

—No me obliga a tanto mi deber de exponer mi vida; repuso con inglesa calma el «polizonte».

—Pero ¿y la caridad ó filantropía de que tanto se jactan ustedes?

—Primero es el número uno, repuso con flemma el interpelado.

Y haciendo el joven un gesto de disgusto, se quitó el paletó, y trepó impávido sobre los escombros, perdiéndose en la densidad del humo; y á los pocos momentos de impaciencia de los espectadores, apareció, llevando en brazos á una niña como de unos cinco años, á la que había tapado la cara con su pañuelo de bolsillo, para que no la sofocara el humo, y casi asfixiado, sofocado por el calor y chamuscados su vestido y cabello, depositóla en poder del agente.

Los que se hallaron presentes tributaron mil elogios al bravo joven, el que huyendo de los aplausos desapareció de la escena, con un amigo suyo que se le juntó, y que le dijo.

—¿Estás herido, Enrique?
—No, gracias á Dios.
—Pues ¿qué es lo que llevas envuelto en la mano?

—Para tí que eres medio incrédulo, le contestó el joven, nada; para mí, mucho; un escapulario de las armas del purgatorio, que al sacar á la niña de la cama donde estaba, le ví colgado en la cabecera, el que movido por el viento flotaba sobre su cabeza, cual si fuera una paloma ó salvador talisman, y no quise que ardiese, pues me parecía que me media protección, y me lo he traído para no apartarme jamás de él.

—¡Qué majadería! ¿Qué supersticiosos sois los católicos!

—¡Qué juegos sois todos los que profesáis esas ideas, repuso Enrique; pero perdemos un tiempo precioso, dijo, quiero descansar un poco, pues nos olvidamos que partimos mañana para Italia. Despidiéronse los dos amigos para reunirse de nuevo al siguiente día en el vapor que les había de conducir.

II

Unos veinte años se han transcurrido desde la escena que acabamos de describir en el capítulo anterior, cuando pasaba por delante de la elegante linterna del hermoso muelle de Barcelona el velero bergantín «Barcino», dirigiendo su rumbo hácia Francia: un viento fresco de popa henchía sus blancas velas, y cual alegre «gaviota» surcaba veloz las azuladas aguas del mar.

Allá a la caída de la tarde encontrábase frente á Palamós; el cielo se había nublado, y un viento Norte soplabá reciamente. En el saltillo de popa encontrábase el capitán y uno de los pasajeros que conducía el buque.

—Capitán, viento fresco corre, pero la mar no está muy gruesa, dijo el pasajero.

—Efectivamente, el «Golfo de León», contestó el capitán, estará «picado», pero no hay que temer nada: Dios mediante, mañana tarde ó temprano «atracaremos» en el muelle de Marsella.

—¡Ese maldito Golfo es tan traidor! que le temo.

—Con este buque y con la gente que

llevamos, respondió el capitán, no se debe temer nada; á más de que el viento calmará dentro de poco, y la mar es de «fondo.»

—Pue algo más tranquilizado, me voy á descansar, añadió el pasajero.

—Hasta mañana, amigo, contestó el capitán.

Vino la noche; una «cerrazón» completa cubría el buque, el que se hallaba en medio del expresado Golfo; á cuatro metros de distancia nada se percibía desde bordo: serían las cuatro de la madrugada, tanto la tripulación como los pasajeros reposaban en sus literas; si exceptuamos dos marineros que estaban de guardia y el piloto. Cuando de improviso aparece sobre cubierta el pasajero que no hacía mucho estaba en conversación con el capitán.

—Buenas noches, señores, dijo éste.

—¿Qué es eso? le preguntaron los que se encontraban de vela, ¿que os acontece que venís casi desnudo?

—¿Qué quereis que os diga? no puedo descansar, una fuerza oculta me ha obligado á dejar el camarote, y á respirar el aire libre.

Al ir á contestarle el piloto, un bulto monstruoso aparece á la vista de los que se encontraban sobre cubierta, y casi al mismo tiempo un furioso choque y horrendo golpe hace estremecer el buque violentamente y caer al suelo á los que sobre cubierta estaban; á los pocos instantes el «Barcino», se hundía con una precipitación vertiginosa, sin dar lugar absolutamente á nada, desapareciendo repentinamente. Al efectuarlo produjo un oleaje espantoso y un hervidero de aguas imponente; mas al poco rato todo había desaparecido; alguna que otra tabla ó pequeño palo flotaba por la superficie del Mediterráneo.

A las dos horas de esta horrible catástrofe, producida por el choque de un gran buque de vapor que pasó «por ojo» al hermoso bergantín, ya había amanecido, y al poco tiempo, pasaba otro vapor por el sitio del siniestro, y por los fragmentos esparcidos por el mar conocieron sus tripulantes que eran efecto de algun naufragio. Algunos marineros y un pasajero miraban con avidez per

si descubrieran algun naufrago, ó fragmentos que interesarles pudiera, á cuyo fin disminuyeron la fuerza de la máquina; cuando un marinero que miraba con un anteojo, dijo con robusta voz:

—¡Un naufrago «á estribor», si no me engaño! Y cogiendo el instrumento óptico el contramaestre, repuso:

—Efectivamente. Y dirigiéndose al timonel dijo:

—¡Timonel! «á estribor.»

Y haciendo proa el buque hacía el punto indicado, al poco tiempo echaron el bote al agua, y sacaron á un hombre de mediana edad, medio desnudo, pues to que iba en mangas de camisa; al que despues de mudarle la ropa, que facilitó el pasajero, caballero de alguna edad y que habia tomado mucho interés por el naufrago, colocáronlo en una litera del camarote de proa.

Impacientes estaban todos los individuos que conducia el buque salvador, por saber lo acontecido en la catástrofe del naufragio, formando cada cual mil comentarios. Despues de haberse transcurrido unas dos horas, repuesto el que se habia salvado y reuniéndose en el camarote el capitán, piloto y marineros, libres de servicio, así como los pasajeros, suplicaron al naufrago les refiriese lo acontecido, el que tomando la palabra, dijo:

—Ante todo debo, como efectúo con suma gratitud, dar las más expresivas gracias á todos ustedes por haberme librado (despues de Dios) de una muerte segura; el Señor que siempre premia con largueza las buenas obras, no dejará de continuar sus santas bendiciones por la caridad que habeis tenido y teneis conmigo.

Hace unos diez años, continuó, que vivo en Barcelona, en donde me dediqué al comercio, en el que reuní un capital de unos seis mil duros, con muchísimos trabajos, pero con honradez, mal está que lo diga, invirtiendo dicha suma en seda en rama y otros efectos, los que embarqué en el bergantín «Barcino» de la matrícula de la expresada ciudad, cuyo buque fué embestido, allá á las tres de esta madrugada, por otro buque de gran porte, pasándolo «por ojo» instantáneamente, poco más ó menos en el lugar donde me salvásteis; al encuentro violento de ambos buques, fuí lanzado á gran distancia en el mar, circunstancia á la que debo, sin duda que el remolino que formaron las aguas al sumergirse el bergantín, no me tragase en su abismo el mar, en el que perdí toda mi fortuna, y perecieron sin duda

cuanta gente llevaba el «Barcino». Al salir á «flote» clamé con toda mi alma, á las benditas almas del purgatorio y á la santísima Virgen del Cármen, de quienes soy muy devoto, y al propio tiempo tropecé, entre las más espesas tinieblas, con una pequeña tabla, á la que me así fuertemente.

—Por cierto, repuso un marinero, tan pequeña, que era imposible os pudiera sostener.

—Es positivo, continuó el naufrago; lo que atribuyo á la divina Providencia que daba una fuerza grande á aquel exiguo fragmento, por un milagro patente pero lo que me llamaba particularmente la atención, no obstante mi situación apurada, era ver mi escapulario de las almas, que tengo en mucha estima por haberme sacado libre en muchos lances en el espacio de veinte años, y que no uso más que cuando hago algun viaje, el cual escapulario estaba sobre la tabla pendiente de mi cuello, despidiendo un pálido destello de luz, y que sin embargo de la fuerte marejada que barrió la tablita de continuo, nunca se quitó de su sitio, hasta el momento que me salvásteis.

El acento triste con que hacia la relación el salvado, su figura simpática y el amoroso modo con que hablaba de las benditas almas del purgatorio, y sobre todo su precaria situación interesó á todos los oyentes, y deseando ver el escapulario que tantos beneficio le habia prestado, le dijo el contramaestre:

—¿Y no podríamos ver ese escapulario que en tanta estima teneis?

—Por que nó? contestó el interrogado, y sacándose del pecho, despues de haberlo besado devotamente, se lo entregó al que se lo habia pedido. Este despues de haberlo visto, lo pasó al que tenia al lado, hasta que llegó al pasajero á quien tantas simpatias le habia inspirado el naufrago, y despues de haberlo examinado, mudando de color su rostro, dijo conmovido al dueño del escapulario:

—¿Cómo lo habeis obtenido? Quizá no os pertenezca, dispensadme os lo diga.

—Teneis razon, repuso el salvado; es una pequeña historia su adquisicion: os la referiré, aunque suscintamente. Hará como unos veinte años me encontraba en Londres: un horrible incendio devoraba un edificio, calle Resgenk Estreck, y tuve la suerte de salvar á una pobre niña de entre las llamas; un escapulario colgado de la cabecera de la cama, donde estaba cir-

cunvalado de llamas, iba á ser reducido á cenizas, y lo cogí...

Sin dejarle acabar el pasajero, sumamente conmovido le interrumpió.

—Y tapasteis la cara de la niña con vuestro pañuelo.

—Es cierto, respondió el interrumpido narrador.

—¿Cual es vuestro nombre y apellido? contestó el pasajero con avidez.

—Enrique Estéban, contestó el interrogado.

—Aguardadme un momento, añadió el pasajero Y pasando apresuradamente al camarote de popa, al cabo de un momento volvió con un pañuelo en la mano y acompañado de una jóven, como de unos veinticinco años.

—¿Es este el pañuelo? dijo el pasajero mostrándose al naufrago.

—Estas son mis iniciales y las conozco por estar bordadas por mi madre que ya dejó de existir.

—Entonces (continuó el pasajero) quitad el forro del escapulario y mirad si encontrais debajo de él una imagen del Corazon de Jesús con el nombre de Carolina Nater.

En efecto descosido el forro, encontró lo que habia dicho sir Charles Nater. Entonces, cogiendo éste la mano del naufrago, lo presentó á su hija diciéndola:

—Carolina, aquí tienes al intrépido jóven que te salvó la vida, con inminente riesgo de la suya; dale, como le doy yo, las gracias más expresivas.

La jóven, colorada como la escarlata le dió las gracias del modo más afectuoso, irradiando su bello semblante de alegría y gratitud.

Afectado, Nater, opulento banquero, dirigiéndose á Enrique le dijo:

—Nada habeis perdido en el naufragio del «Barcino»: sabré recompensar á quien tanto le debo.

Poco tiempo despues, encontrábase Enrique en casa de Nater colocado con un gran sueldo, mirado como un individuo de la familia, y colmado de atenciones.

.....

¿Habrá quien dude aun de que Dios no deja sin premio ninguna accion caritativa? ¿Y habrá quien dude de que la Santísima Virgen del Cármen es la más grande dispensadora de sus recompensas?

CONFIRMACION HISTÓRICA

—(o)—

En confirmacion de lo expuesto en la anterior historieta, ó sea, de que Dios no deja sin recompensa la más pequeña obra meritoria ejecutada en su nombre, queremos referir ahora á nuestros lectores otro hecho publicado por nuestro querido colega *La Semana Católica*, que no tiene nada de cuento sino de suceso cierto y verdadero.

Corria el año del Señor de 1546. Algunos de los afamados capitanes que con Nuño de Guzman emprendido habian la conquista del Nuevo Reino de Galicia, hoy conocido como Estado de Jalisco, habian comenzado á caer ya bajo la guadaña de la muerte, como secas hojas de los árboles á los primeros soplos del viento.

Tocóle tan dura suerte en no avanzada edad al capitán D. Pedro Ruiz de Haro, de la noble casa española de los Guzman.

La muerte dejó en la pobreza y la orfandad á la viuda doña Leonor de Arias, con tres hijas tan bellas como tres capullos de rosa.

Doña Leonor abandonó la ciudad de Compostela, capital entonces de la Nueva Galicia y retiróse triste, pero resignada, á una pequeña hacienda de campo cerca de la ciudad que se llama Miravalles, única herencia que á su familia habia dejado el capitán Ruiz de Haro.

Allí, ayudada por el trabajo de sus manos y más con privaciones que con economia, doña Leonor de Arias educaba á sus hijas en la santa escuela de la honradez, de la pobreza y del trabajo.

Una tarde doña Leonor, rodeada de sus hijas, cosía tomando el fresco delante de su casa y á la sombra de un humilde portalillo, cuando acertó á llegar allí, caminando pesadamente con el apoyo de un tosco bordon, un indio enfermo y viejo.

El indio pedía, no una limosna de dinero; sino un pedazo de pan para calmar su hambre; doña Leonor le hizo sentar, y las tres niñas, alegres y bulliciosas como si fueran á una fiesta, corrieron al interior de la casa á preparar la comida del mendigo.

Pobre, pero abundante fué el banquete que las hijas de doña Leonor presentaron al indio, que comió delante de las niñas, y éstas lo miraban con la ternura que brilla siempre en los ojos de una mujer, cuando calma un dolor ó remedia una necesidad.

—Dios te lo pague, señora—dijo el mendigo al despedirse, besando la mano de doña Leonor—y ten confianza en Dios, que si ahora estás pobre, te ha de dar tanto oro y plata que no has de saber que hacer con ello.

Tres días pasaron desde ese acontecimiento y ni doña Leonor ni sus hijas recordaban lo que habian hecho con el indio, cuando éste volvió á presentarse llevando á doña Leonor las muestras de una mina desconocida. La noble viuda conoció que aquellas piedras re-

presentaban una inmensa riqueza; dióle el mendigo las noticias exactas del lugar en que estaba situado aquel mineral, y se retiró sin que jamás se hubiera vuelto á saber de él.

Cinco años despues, la viuda y las hijas del capitán Pedro Ruiz de Haro eran las familias más ricas y opulentas de Nueva España.

La mina del Espíritu Santo, primera que se habia descubierto en el reino de Nueva Galicia, producía asombrosas cantidades de oro y de plata; las recuas que allí llegaban con cargas de víveres y efectos de comercio salían cargadas de oro y plata para Méjico; el Rey necesitó mandar establecer caja Real en Compostela, para recibir las rentas que de esa mina alcanzaba la Real Hacienda.

La choza de doña Leonor se convirtió en el palacio de los condes de Miravalles, y tres personajes del Reino de Nueva Galicia, Don Mernandez de Hajar, sobrino del señor de Riglos y fundador de la villa de la Purificacion, D. Alvaro Tovar y D. Alvaro de Bracamonte, se sintieron honrados enlazándose con las tres hijas de doña Leonor de Arias.

Muchas veces en el palacio de los condes de Miravalles, doña Leonor, rodeada de sus hijas, de sus yernos y de sus nietos, refería enternecida la historia del mendigo y terminaba diciendo siempre;

—No hay caridad perdida. Dios da ciento por uno.

Vicente Riva Palacio

VARIEDADES

Civilizacion liberal

Leemos en un órgano de esta buena familia.

“DESAFIO Á SABLE.

„Madrid 25 (8'30 n.)—Esta madrugada se verificó el lance concertado entre el propietario de *El Imparcial*, Sr. Gasset, y el director de *El Liberal*, Sr. Araus.

„El desafio realizóse á sable, resultando el Sr. Araus con una contusion en el antebrazo derecho, que le imposibilitó para continuar el combate.

„Fueron padrinos del Sr. Gasset, los Sres. general Ochando y Troyano; y del Sr. Araus, los Sres. Sanchis y Fernandez Flores. —*El Corresponsal.*”

Y á continuacion leemos esto otro.

“LANCE PENDIENTE

„Madrid 25-11,29 n.—Los periódicos de esta Corte publican hoy un acta, referente á la cuestion personal pendiente entre los Sres. Villasante y Ariño.

„Segun resulta del acta, el Sr. Villasante reclamó explicaciones y satisfacciones del Sr. Ariño, con motivo de algunas palabras pronunciadas por este último, el cual se reserva el derecho á ejercitar la accion de ofendido, despues que termine el juicio abierto en el Parlamento, si el Sr. Villasante re-

sulta con la aptitud correspondiente para tal fin.

„Suscriben el acta en nombre del Sr. Ariño, los Sres. vizconde de Irueste y Suarez de Figueroa; y en nombre del Sr. Villasante, los Sres. Oárraga y Carrillo.—*El Corresponsal.*”

Ustedes creerán que estamos en el Congo ó en la Oceania entre aquella familia natural que solo se tapa una pequeña porcion del cuerpo con hojas de cocotero? Pues no señores que estamos en España y entre personajes políticos de primeratalla que usan frac y sombrero de copa y se llaman partidarios del progreso.

Y luego ne quieren que repitamos que eso del progreso es una farándula y que no hay mas progreso verdadero que el que enseña á los hombres á cumplir los mandamientos de la ley de Dios.

¿Les parece á ustedes bonito que en las barbas de la autoridad se arreglen públicamente los desafios; se publiquen en letra de molde los nombres de las personas que se baten, y no haya una sola autoridad de tantas como cobran por Gracia y Justicia, que nos haga la justicia ó la gracia de llevar á los tribunales á los que con tanta desfachatez infringen las leyes de la nacion? ¿Qué se ha hecho de los celosos fiscales llamados á perseguir los delitos que teniéndolos en las mismas barbas no dicen esta boca es mia? ¿Tan ocupados están en denunciar á los curas que predicán contra el liberalismo que no les queda tiempo para otra cosa?

Y no hemos acabado

Escrito el anterior suelto, hemos leído la siguiente carta publicada por un duelista en uno de los periódicos de más circulacion de Madrid el dia 26 del mes pasado.

“Sr. Director de *“El G.....”*—Muy señor mio y distinguido amigo: Habiendo llegado hasta mí alguna version que, patrocinada, por alguien sin duda, se ha echado á volar entre algunas gentes respecto á lo ocurrido noches pasadas en los pasillos del teatro F...., debo decir que lo único cierto es lo que ha publicado su ilustrado periódico en el dia de hoy, y añado que E. de N.... soy yo, y mi contrincante D. G. E...., el cual no ha asistido despues de quedar citados, al sitio elegido para ventilar la cuestion, y en el que estuve con mis padrinos á la hora marcada.

„Dejo al criterio de usted la apreciacion del hecho, y prometiendo no volver á ocuparme en este asunto, le da las más expresivas gracias su afectísimo y seguro servidor Q. B. S. M.—*E. de N....*”

Es hasta donde puede llegar la frescura de los duelistas y la tranquilidad de las autoridades que consienten sus atrevimientos.

Con este motivo, nuestro querido colega *“La Semana Católica,”* de Madrid escribe lo siguiente:

“De nuevo ha sentido aficcion la conciencia católica al hacerse cargo de la frecuencia con que se repiten en Madrid los casos fulminantes de duelo con publicidad. Duran-

te la anterior semana concertáronse en esta Corte siete duelos: uno entre dos señores periodistas, otro entre dos Diputados Concejales, otro entre dos Concejales no Diputados, otro entre dos jóvenes estudiantes ó semiestudiantes, otro entre dos caballeros que se provocaron y agredieron en un teatro, otro entre dos mozos de tahona y otro entre dos comensales de una taberna, los cuales salieron desafiados á las Vistillas en la oscuridad de la noche.

„De suerte que en la semana anterior salimos en Madrid á duelo por día.

„De estos siete duelos se han perpetrado cinco hasta la hora en que escribimos estas líneas, á saber; el de los señores periodistas del cual sacó uno de los actores dos contusiones de sable; el de los estudiantes ó semiestudiantes, que salieron afortunadamente ilesos; el de los mozos de tahona, que se verificó á navaja y sin testigos, resultando uno de los contendientes mal herido; el de los comensales de las Vistillas, del que resultó uno muerto, y el de los Concejales no Diputados, del que salió uno contuso en la cabeza. De los dos restantes, uno se ha aplazado y otro se ha frustrado por desistimiento de una de las partes.

¡Pobre sociedad, como se civiliza!

Sigue la civilizacion

—El Correo de los Estados Unidos, da cuenta de un hecho que prueba que los malhechores entran tambien en la via del progreso y que saben apelar á los descubrimientos científicos para realizar sus proezas.

Alguno de ellos acaba de inventar el rompecabezas eléctrico y un habitante de Chicago ha experimentado bien á pesar suyo los efectos de la invencion.

Transitaba mister Johnson, que así se llamaba dicho ciudadano, por una de las mas frecuentadas avenidas de aquella capital, cuando se sintió bruscamente acometido, aturdido, derribado y despojado, todo en un abrir y cerrar de ojos. El buen hombre no sabía explicarse como sucediera el hecho, pero el electricista jefe del municipio descifró el enigma.

„Con una pequeña batería perfeccionada, —declaró aquel especialista— del tamaño de una petaca, un ladrón lleva consigo una cantidad suficiente para derribar y dejar inmediatamente insensible á cualquier hombre por robusto que sea.

Mr. Johnson habia tropezado con ladrones civilizados y provistos de un rompecabezas eléctrico.

Segun parece, para obtener un resultado satisfactorio, basta una pequeña placa metálica, que se conserva oculta bajo la palma de la mano. Dicha placa está en comunicacion con una batería por medio de un hilo conductor rodeado por una materia aisladora. Con la placa se teca cualquiera parte del cuerpo de la persona contra la cual se dirige el ataque y el agredido cae al suelo aturrido ó muerto segun la descarga eléctrica que

se le aplique. Acto continuo el ladrón lo despoja de cuanto lleva encima y asunto concluido.

¿Quien duda de que la ciencia lo mismo sirve para un fregado que para un barrido? Desdichada la nacion que progresa en ciencia y no progresa en virtud! En vez de Perales que inventen submarinos, tendrá ladrones que inventarán rompe-cabezas eléctricos.

Más civilizacion

Los diarios italianos recién llegados insertan las pruebas hechas en Roma de un fusil con cartucho eléctrico que amenaza con una revolucion en los armamentos de los ejércitos.

Su autor no quiere descubrirse, pero su nueva arma ha sido presentada al ministro de la Guerra.

El cartucho es de cobre, y semejante al usado en los ejércitos. En vez de cápsula hay un agujerito. La bala, de 18 gramos, tiene dos agujeritos longitudinales, á través de los cuales pasan dos hilos de zinc que van á unirse en un círculo. Al soltar el gatillo, pone en comunicacion los dos polos, y la bala parte instantáneamente.

El tiempo de trayectoria es nulo, por ser la velocidad inicial extraordinaria.

El alcance es de 4 700 metros. La bala atraviesa siete blancos consecutivos, que forman un espesor de 40 á 43 centímetros.

El cañon no se calienta; no hay detonacion ni humo.

El calor del cañon, despues de 600 tiros consecutivos, llega á 4 grados de aumento.

La adopcion de esta nueva arma, sencilla y ligera se calcula que acabará de arrninar á todos los Estados de Europa que apenas tendrán bastante con todo lo que poseen para comprar municiones.

¡Qué felicidad!

El colmo de la civilizacion

He aquí el estado de Europa en el presente año.

ALEMANIA. Ejército de campaña, 1.350,700 hombres.—Ejército de guarnicion, 920.000.—Total, 2.270,700.

Estos ejércitos tiene 47.510 oficiales y 3.950 cañones.

AUSTRIA-HUNGRIA.—Ejército de campaña, 1.260.000 hombres.—Ejército de guarnicion, 350.000.—Total 1.610.000.

FRANCIA. Ejército de campaña, 1.511.472 hombres.—Ejército de guarnicion, 890.000.—Total, 2.401,472.

ITALIA.—Ejército permanente, 760,000 hombres.—Milicia móvil 342.000.—Milicia territorial, 1.100.000.—Total, 2.202.000.

RUSIA.—Ejército activo, 1.240,500 hombres.—Ejército de reserva, 1.102,300.—Batallones de froteras, 41.480. Cosacos 143.000.—Milicias provinciales, 3.000.000.—Total, 4.527.280.

Sumando las cifras parciales del contin-

gente de las grandes potencias, resulta como total la aterradora cifra de 13.011.452 combatientes.

¡Trece millones de hombres armados hasta los dientes y dispuestos á arrojarlos unos sobre otros y dejarse solo los rabos como los lobos de la historia!

¿Quién duda que esto es ya el colmo de la civilizacion?

PENSAMIENTO

Si la civilizacion consistiera en la libertad de destruirnos unos á otros dando rienda suelta á nuestras pasiones é ideando tretas para hacerlas triunfar ¿quién duda que los leones del desierto serán los seres mas civilizados de la tierra puesto que además de nacer con el armamento hecho, no tienen rey ni Roque que coharte su leonina autonomia? Pero no, la civilizacion no es eso; la civilizacion es la marcha progresiva del hombre hácia la Verdad, hácia la Justicia, hácia la Caridad; en una palabra, hácia el Bien infinito; más claro, hácia Dios, y en tal concepto, solo la religion verdadera, que enfrenando nuestras pasiones brutales, nos diviniza, es la única que nos conduce por el camino de la verdadera civilizacion.

A. C y G.

BIBLIOGRAFIA.

Hemos recibido el cuaderno tercero de LOS GRANDES ARCANOS DEL UNIVERSO, magnífica obra escrita por el P. Pesch de la compañía de Jesús que está publicando la sociedad editorial de S. Francisco de Sales (Bolsa 10 Madrid.) En dicha obra se refutan los errores contemporáneos en el terreno de la filosofía y de las ciencias naturales.

Tambien hemos recibido el cuaderno tercero del DICCIONARIO APOLOGÉTICO DE LA FÉ CATÓLICA de J. B. Jangey que publica la misma sociedad editorial. Los pedidos de ambas obras á D. Antonio Quilez—Bolsa 10, Madrid.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion	4 pesetas mensuales
Media id.	2 „ „
Un cuarto id.	1 „ „
Un octavo id.	0'50 „ „

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orizuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.